



Javier Sádaba

Ética erótica

Una manera diferente de sentir

PENÍNSULA ATALAYA



Javier Sádaba

Ética erótica

Una manera diferente de sentir

ÍNDICE

Portada
Dedicatoria
Introducción
Vida cotidiana y ética
Los consejos de la ética
Erotismo
La sensibilidad
Sensibilidad y valores ciudadanos
La imaginación
La sexualidad
El erotismo y el humor
Una manera diferente de sentir
Créditos

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora Descubre Comparte

Para Manuel Fernández-Cuesta

INTRODUCCIÓN

Da cierta pereza hablar de Ética. Puede acabar cansando. Suena con excesiva frecuencia a mera palabrería, un término comodín muy usado y manoseado por aquellos a los que les queda aún algo de vergüenza, pero a los que tampoco les sobra mucha. También suele ser útil para comenzar un discurso al que se le añade el consabido adorno moral; o, en términos mágicos, se trata de algo taumatúrgico, de los prodigios con los que puede operar una palabra. En el ruido circundante, que llega a ser ensordecedor, la ética o moral se hace un hueco, pide calma, una calma ficticia que, como el falso silencio, prepara un ruido mayor. Digo todo esto para avisar, desde el principio, que la ética de la que voy a hablar no sonará aceptable para muchos oídos. A mí, por otro lado, me servirá como desahogo y, eso espero, es posible que conecte con aquellos que están hartos de tanta mentira y de una farsa que no hace sino crecer. Y es que, como enseguida diré, lo inusual podría sernos útil, una ayuda para descansar de tanta palabra vana y, al igual que en el caso de los cínicos, una ocasión para no dejarnos llevar por la ola de tonterías que nos inundan más que un tsunami.

De la gente cuajada de experiencia y, sobre todo, de aquellos que desde la vejez miran hacia el abismo de la desaparición es habitual escuchar que «todo es mentira». La frase tiene no poco de exclamación, queja o expresión

del desánimo que el paso de los años trae consigo. Contiene, sin embargo, y valga la paradoja, una gran verdad. No hace falta romperse la cabeza con atinadas reflexiones porque la mentira de los que mienten y la mentira de los que la admiten saltan a la vista. Cada uno se hace un traje, más o menos a medida, más o menos ridículo, y con él se lanza a la calle. A todos nos ocurre porque hijos del hado somos, pero en algunas ocasiones el traje tapa tanto el cuerpo que no se sabe si se está frente a un humano o ante un maniquí. No me refiero solo a esa saga que va de los banqueros a los políticos, pasando por esa especie que recibe el nombre de «intelectuales» (los que van detrás de un canapé son, por su sinceridad, los más respetables). La nómina es muy amplia. Porque somos muchos los que, a codazo limpio, nos empeñamos en vender un producto, el que sea, con tal de que algún alma cándida esté dispuesta a comprarlo. Con un poco de distancia, el espectáculo genera vergüenza ajena. Y si a un marciano se le pidiera, al pobre, un juicio sobre lo que está viendo, se le pondría en tal aprieto que huiría velozmente en su nave o se sentaría en primera fila para contemplar una película de «terráqueos». No se libraría de su risa, en el caso de que opte por esta en vez de por la nave, casi nadie. Incluso aquellos que consideramos sencillos, personas sin cuento y que viven con un aparentemente admirable respeto hacia ellos mismos, guardan en sus bolsillos el cuaderno invisible de la impostura. Tal vez, si somos indulgentes, podríamos conceder que se le escape, quién sabe, y ante el discurrir sin sentido de un lado para otro con tal de sacar la cabeza por encima de los demás de tantos, tantísimos, individuos, una leve sonrisa. Y la sonrisa, seamos benévolos por una vez, iría emparejada a la ternura.

La mentira tiene muchas cabezas. Existe la mentira necesaria, que es, por ejemplo, la que se usa para salvar a al-

guien de un malhechor que persigue a un pobre inocente, como existe la defensiva, en donde no tenemos más remedio que decir lo contrario de lo que pensamos para salir, legítimamente, al paso de un gran mal que se nos viniera encima. Y existe también todo ese cúmulo de ocultamientos, semiverdades o engaños *light* en los que nos enredamos cotidianamente. Cuando no hay forma de quitarte a un pesado de encima recurrimos a la mejor excusa que tenemos a mano. No nos referimos a estas mentiras que forman parte de nosotros como los virus o las bacterias. Nos referimos a la mentira estructural, a la que todo lo corroe desde la raíz. Se trata de una mentira contagiosa, que difumina la diferencia entre lo que es verdad y aquello que no lo es. No es equivalente al mal banal del que no se cansó de hablar Hannah Arendt y en donde se obedece lo que se manda con la misma docilidad que la oveja va al matadero. La mentira sistemática todo lo inunda y sus voceros usan las palabras bien como ladrillos o bien como caramelos para niños, dependiendo de lo que la ocasión requiera. Lo que más sorprende en esta situación, que difícil es negar, consiste no tanto en la cantidad de individuos a pregonar cualquier cosa, contradecirse cuatro o más veces al día o lanzar al viento discursos que no se los creería ni un niño de primaria; lo que llama la atención es la credulidad de los que reciben ese conjunto de mensajes con los más diversos envoltorios. Se dirá que el pueblo protesta, que es raro no escuchar una conversación en la que no se ponga de vuelta y media a los que poseen los medios para mandar, es decir, el dinero, los presupuestos y el Boletín Oficial del Estado. Pero eso no obsta para que la credulidad se imponga. Existe una cierta necesidad de entrar en el círculo cerrado de la mentira que funcionaría como una especie de adicción. Los mismos que dan rienda suelta a su desafección y, es un ejemplo, votan religiosamente a los partidos políticos cuan-

do llega la «sagrada» hora de las urnas. Como diría Étienne de La Boétie, «la servidumbre voluntaria» se ha cumplido una vez más. Claro que, como justificación, bien endeble, de esa manera de actuar se excusan en una vacía idea de responsabilidad, en el miedo a no se sabe qué o en la inercia que, como tradición muerta, mueve, en este caso, más la mano que las neuronas de esos votantes quienes, como en procesión, se aproximan a la cabina electoral «a cumplir con su deber»; expresión socorrida de los que, satisfechos por depositar su voto, se olvidan de todos los males de los que hasta el momento, y como Jeremías, se habían dolido.

Una sociedad como la descrita se enfría, se hiela, se desensibiliza, se frustra en los deseos y ni siquiera le queda el recurso de la fantasía. Luego será el momento de volver sobre ello. Continuemos por ahora con la descripción de la situación que estamos reflejando y que es la nuestra. En los últimos días han surgido movimientos en la sociedad con la intención de hacer que los nombres nombren a las cosas y no sean parodias de sí mismos, juegos insulsos de palabras, verborrea que aturde. Algunos de tales movimientos, piénsese en el 15-M, son chispazos de interés, sacudidas que, al margen de que después se articulen, se desintegren o tramitan su savia por conductos que el oficialismo desconoce o no quiere reconocer, merecen atención y un mínimo respeto. Junto a ellos surgen los eternos aprovechados. Por eso causa risa contemplar nuevos foros con personas que han estado metidas en las entrañas de todo aquello que ha dado lugar a lo que ahora quieren combatir. Es como si se aprovecharan de una cadena que va desde una parte a otra de la sociedad. Y ellos en medio, con un ojo hacia el poder y el otro hacia la calle. Si no fuera porque su capacidad intelectual es floja habría que temerles; y, en cualquier caso, tomarlos más a broma que como individuos a los que oponer argumento alguno.

Convine continuar la descripción porque tenemos una propensión enfermiza a olvidarnos de lo obvio. Para lograr visualizar lo que vengo diciendo voy a recurrir a una serie de ejemplos que hagan más plástica la situación en la que nos encontramos. Lo haré tal y como lo veo sin ahorrar adjetivos cuando sean necesarios. Uno de los defectos más acentuados suele consistir en hablar con generalidades, desaparecer tácticamente y, en el mejor de los casos, tirar la piedra y esconder la mano; o dar un paso al frente solo cuando hay pista y no existe peligro alguno de soledad. Antes de nada y en relación con lo anterior, no estará de más decir dos palabras sobre la transición. La transición española de la dictadura franquista a la democracia, heredada de Franco, fue jaleada, dentro y fuera, como modélica; incluso se la exportó para que otros países, en circunstancias similares, pudieran copiar tanta sabiduría y, eso se decía, madurez de un pueblo que, contra la mala imagen acumulada en la historia, demostraba ahora una sensatez digna de imitarse. Curiosamente, y en medio de la desdichada crisis actual, han comenzado a oírse voces, a escribirse artículos y hasta sesudos libros que tratan de hacernos ver los males de la transición, de la santa transición. Más aún, muchos de esos males que nos asolan tendrían su principal causa en aquel proceso que, en su momento, si no lo alababas eras arrojado al infierno de la marginalidad, al saco del terrorismo intelectual o, sencillamente, condenado al silencio; una condena muy efectiva en las autotituladas democracias. De estos conversos, como de casi todos los conversos, poco hay que aprender. Son de los que siempre tienen razón, como los empecinados clérigos. Antes tenían razón ellos y ahora la vuelven a tener. Nunca aceptarán, por falta de luces o por exigencias del bolsillo, que algunos se adelanten y tengan la valentía de decir lo que, después,

suele acabar sucediendo. Y es que, como ya aseguró el clásico, las blasfemias de hoy serán las verdades del mañana.

No es cuestión ni el cometido de este libro hacer un análisis de lo que se dio en llamar «Transición» (así, con mayúscula en muchas ocasiones y rodeándola siempre de solemnidad). Pero no estará de más recordar algunos aspectos que están en el núcleo de lo que ocurrió y de las circunstancias que rodearon aquel proceso al que, para simplificar y apartar los ojos de lo que realmente estaba teniendo lugar, redujeron a una elección entre Reforma y Revolución. Naturalmente se suponía que la Revolución era imposible; y, de esta manera, ocupó el centro de la escena una palabra mágica: Realismo. Rápidamente se orquestó la defensa del realismo que todo lo curaba. Y comenzaron a ponerse en circulación eslóganes, latiguillos que, repetidos una y mil veces, funcionaban como supremos principios intocables; por ejemplo, «No hay otra alternativa». Claro que primero le quitaban a uno todas las que no interesaba tocar. Algo parecido a robarle la cartera a alguien y luego pedirle dinero. Y si osabas adelantar algún tipo de desarrollo alternativo de la democracia, inmediatamente se cerraba la discusión con un «esa alternativa no es real». La realidad de nuevo, la realidad. Otro recurso que funcionaba cuando la ocasión lo requería era el de «es el mal menor». Una obviedad que no dice nada. Y, si quiere decirla, hay que probar que puede existir un bien mayor. Además, el supuesto principio está siempre a un paso de ser reducido al absurdo. Porque, tomado al pie de la letra, habría que elegir a Pinochet si la alternativa fuera Hitler. Todo un despropósito. Los militantes de los distintos grupos y partidos, espoleados por los jefes, multiplicaban al unísono lo que venía de unas cabezas que, unguadas por no se sabe quién, conocían lo que había que hacer para salvar la democracia y, de esta

manera, una sociedad emancipada y realmente (otra vez la realidad) progresista.

Lo que se nos estaba dando no era precisamente eso. La Transición tiene la complejidad de cualquier cambio histórico y, por eso, es injusto pensar que era obra del diablo o de algún genio maligno. Algo de diabólico, sin embargo, sí tenía. Expuesto muy sucintamente, y al margen de los hilos que la dirigieron desde fuera de nuestro país, fue obra de neofranquistas que mantuvieron su poder mientras daban unas migajas a la izquierda clásica. Y, por medio, una Constitución con un rey a la medida del dictador, que se le consideraba intocable y garante de la España naciente. La Constitución se introdujo «a la trágala» y, más que en elección libre, la gente votó por miedo o ingenuidad; chantaje, en suma, complicidad o indiferencia haciendo de comparsa. Desde entonces no es raro oír aquello de que la Constitución nos la hemos dado libremente los españoles. Con otras Constituciones se suelen poner finos y exigentes. Con la propia se tragan la propia mentira. Y si alguien, más sofisticado, recurre a la astucia de la razón, a que la política es el arte de lo posible, la vida un laberinto o echa mano de Nietzsche según el cual lo profundo ama la máscara, habría que responderle que de astucia y máscara mucho, pero que de razón y profundidad poco o nada. De esta forma se engendró un híbrido que, con el paso del tiempo, se parece más a un rostro desfigurado que a la cara bella que fue la que se vendía en la plaza pública. Pronto cundió el desencanto. Cosa normal, se respondía. La democracia es triste, se añadía apoyándose en alguna de esas frases descontextualizadas. Y los tópicos continuaban su labor; una labor tan decisiva que merece la pena que nos paremos para ver hasta qué punto han sido, también ellos, decisivos en la configuración de la sociedad postfranquista.

«*Topos*» en griego significa «lugar» o «territorio acotado». No es extraño que, por contraposición, surgiera el término «utopía», que quería decir un «no lugar» (a no ser que el término inicial fuera «eutopía», «un buen lugar»). Entre los griegos los tópicos son los temas centrales o básicos en la argumentación. En la Retórica, concretamente, funcionaba con relación al pueblo. En la Dialéctica, con relación al adversario. Aristóteles llama «tópicos» a lo que nosotros llamaríamos lógica; una cuestión histórica, sin duda, pero que conviene recordar para dejar a los tópicos en su sitio. Y si crea problemas allí donde nació habrá que resolverlos en la citada lógica y en el rigor del análisis formal. Los tópicos, más allá de griegos y lógicos, se parecen, en el lenguaje de todos los días, a los refranes. Se trata de medias verdades que en algún punto son certeros. Que los teutones son puntuales pueden ponerlo en duda quienes hayan vivido en Centroeuropa. Eso no quita para que, en comparación con los latinos, sean de una puntualidad casi neurótica. Todavía podríamos añadir que los tópicos están emparentados con los aforismos, una manera corta y punzante de pensar. Tomemos este aforismo del siempre admirado José Bergamín: «Mi mundo no es de este Reino». Dicho y hecho, coherentemente, se fue a vivir y a morir a Euskadi. Se podrá estar de acuerdo o no con su actitud (podría haber ido a vivir a Bután), pero debemos reconocer que, dando la vuelta a la frase del Evangelio, nos muestra, certeramente, como también le gustaba decir a él, que se desapuntaba de esa nueva especie a la que habría que dar un puesto en la biodiversidad y que consiste en ser republicano y monárquico al mismo tiempo. Eso no es una pequeña o gran contradicción. Eso es una contradicción, sin más, y, por lo tanto, un absurdo. Ha pasado, sin embargo, a formar parte de lo que se llama el argumentario (palabra tan horrible como la de identitario) democrático. Todo un despropósito. Porque los

tópicos se pueden volver, y se han vuelto, lugares comunes, meros prejuicios, un pensar que no piensa. Los tópicos continúan con su incansable labor a favor de un sistema que se cierra para que no entre una gota de aire fresco que haga tambalearse lo que más quieren: conservar el poder elección tras elección para que, como en una noria, todo siga igual. Algunos, por cierto, se recrean mofándose de los tópicos. Y no les falta razón. Lo que sucede es que pronto les han puesto un semáforo. La interminable crisis les ha ofrecido una nueva e interesada munición. «Hemos vivido por encima de nuestras posibilidades», «hay que arrimar el hombro», «debemos remar en la misma dirección» y simplezas semejantes están a la orden del día. Curiosamente esos mismos que denuncian los tópicos habituales se cuidan muy mucho de traspasar una línea roja que es la que coloca el sistema que se retroalimenta, incluso con aquellos que, en vez de criticarlo, solo le hacen cosquillas. Así, por ejemplo, si pones en duda que «la democracia es el menos malo de los sistemas conocidos» se asustarán de inmediato y no lo contarán, enfurecidos, entre los tópicos de los que, mirando por encima del hombro, se ríen. Eso sería demasiado. No se ve por qué. Y es que la democracia, para empezar, tiene tantos adjetivos o formas de realizarse que mejor abrirse a otros horizontes que refugiarse, de nuevo, en el tópico. Habría que recordar que pueden existir democracias uninominales, directas, críticas y hasta capaces de vivir en autocrítica constante. Al final, los que presumen de huir de los tópicos no hacen sino engordarlos.

La Constitución, por otro lado, ha querido eliminar que una parte de lo que oficialmente es el territorio español busque su destino político y decida independizarse o compartir la cosoberanía con el resto del Estado. Las razones que se dan para no conceder la soberanía en cuestión a quien la pida, y que especialmente se refiere a catalanes y

vascos, valdrían para una clase de lógica en la que se expusiera lo que es una falacia. Y una falacia, contra lo que acostumbra a salir, sobre todo, por boca de los políticos, no es una falsedad. Se trata de algo peor, si cabe. Se trata de una mala argumentación, de un razonamiento inválido. Se comienza dando por sentado que el concepto de nación es rocoso y sin fisuras, y que esa nación es España. Habría que recordarles, de entrada, que sociólogos tan serios como Durkheim o Weber pensaron que el concepto de nación es, como mínimo, oscuro; de la misma manera que no se debe confundir el «principio de nacionalidades» con el derecho de un pueblo en un determinado territorio a elegir quiénes han de ser sus vecinos. Y de nuevo la Constitución como terapia para todos los males. Diríase que el legalismo romano, con algunas gotas de *sharia* musulmana, se ha incorporado a la genética de no pocos españoles. Sería todo el pueblo español, nos dicen apoyándose en el texto constitucional, quien tendría que decidir y no, pongamos por caso, vascos o catalanes. De esta manera, de un plumazo, se elimina el derecho a la libre determinación, bien reconocido en las legislaciones internacionales, la praxis histórica y el sentido común. Se comete, además, lo que en lógica se conoce como *petitio principii* o dar por probado precisamente lo que hay que probar. Y es que lo que está en juego es lo que vascos o catalanes desean y no lo que desean otros. Es como si, al querer separarse Juan de Irene, tenga que ser Irene quien lo decida, o peor aún, la tía de Irene. Con ese razonamiento tendría que ser, y es de nuevo un ejemplo, la Unión Europea la que tuviera en su poder que España entrara o no en dicha Unión y no cada uno de los individuos que habitan el país español. Aunque, y valga como acotación de paso, mejor nos iría si no existiera ni España ni Francia ni ningún otro Estado sino una autoridad mundial que, respetando las costumbres de las distintas culturas, di-